Por un collar de diamantes

Nueva crónica novelada de un famoso suceso que determinó la caída de un Trono

Diego San José

PROEMIO

María Antonieta cayó en la corte de Francia el 7 de mayo de 1770, como una flor sencilla en el centro de una ciénaga.

Sus puras costumbres y diafanidad de pensamientos asentaban muy mal en aquella sociedad donde la intriga y la impudicia tenían su más reverenciado culto.

El viejo Rey Luis decía una tarde en la que, haciendo unos pinicos de galán enamorado, paseaba sus irremediables achaques del brazo de la Du Barry:

—Mal viaje me parece que ha hecho esta muchacha; como no cambie el carácter, presumo que se va a morir de aburrimiento. No es la corte bocado para todos los paladares. En fin, sea lo que Dios disponga. Yo sé que ella no me quiere bien, mas no penséis que ello me sepa mal, ni tenga determinado reprendérselo, que, sabiendo que vos me queréis, ya pueden asegurarme que la Francia entera me odia.

El asma le cortaba la galanura de las frases y la firmeza en el andar. La regia favorita, ascendida hasta la categoría de esposa, suspendía el paseo y daba al pobre viejo toda clase de seguridades respecto al amor que por él sentía.

—¡Pobre *rubita*! —exclamaba la morganática Soberana—; ¿qué sabe ella de estas lindas cosas de la corte, si hasta aquí no vio más tierra ni más cielo que el de su rincón austríaco? Si no fuese de sangre Real, serviría de muy poco en el mundo. Con esa figurita menuda y pazguatilla no se va más que al sermón. No ha tenido mucho gusto vuestro Luis.

Mas por una alamedilla en flor les salieron al paso unas damas, y les fue preciso abandonar la íntima murmuración, para hacerlo de otras personas de menor empaque, a fin de que la gente disfrutara.

El ingenio y vivacidad de la *rubita* fue un arma mal recibida, donde precisamente el ingenio, claro que, engarzado en maledicencia, se esgrimía maestramente y a cada paso se reñían con él encarnizadas batallas.

Orgulloso de ella podía mostrarse el abate Vermond, que tan lindamente supo adiestrarla en la escuela escéptico—irónica que tantos y tan ilustres prosélitos tenía en aquella edad. Mas acaso el continuo y notable empleo de la sátira fue para la ilustre Princesa como arma arrojadiza que se torna

contra quien la dispara. Y ello, entiendo que por no hacer uso constante de tal sistema, sino cuando tenía necesidad de responder a alguna intemperancia.

Hubiera en toda ocasión y momento zaherido al prójimo como suele ser uso y costumbre, así en grandes como en plebeyos, y sus frases pasaran a las antologías de la maledicencia de forma banal e inofensiva después de haberse apagado el eco de la voz; pero, fustigando con cordón de seda sobre llagas abiertas, se enconaba la herida, y al que en justicia recibía el latigazo, le quedaba perenne el dolor y no perdonaba nunca.

La sencillez y pureza de sus costumbres fueron otros dos pecados de bondad para vivir en la corte de Versalles.

Era como la vieja cortesana que se escandaliza de los ingenuos descocos de una niña, y luego los censura y publica como simiente de muy graves pecados.

Se cuenta a propósito de esto, y es cosa que viene aquí como anillo al dedo para pintar la perversión moral de aquellas gentes y hasta qué punto les era simpática la heredera del trono, que, teniendo un día esta el capricho de presenciar la salida del sol, esperó hasta el amanecer acompañada de toda la corte, excepto de su esposo, que tenía costumbre de acostarse temprano.

A los pocos días se publicaba en París un libelo infamante (el primero que hubo de salir de las prensas secretas de Palacio), en el que se decía que María Antonieta, burlando a la familia Real, se había internado por los jardines, aunque no ciertamente sin compañía.

Valgan estos párrafos como preámbulo que nos marquen un poco el ambiente de la corte de Francia, cuando se da comienzo a este ruidoso e histórico proceso.

I. Boehmro

A pocos fue tan lamentable la muerte del anciano y galante Luis XV, como a Mr. Boehmro y a Mr. Bessange, joyeros de la corona de Francia.

Muchos años hacía que era su constante y más delicado trabajo la construcción de un hermosísimo collar de fabuloso valor, destinado a adornar la belleza de Mad. Du Barry, pero llegó la muerte y todo lo trastocó; comenzó la favorita a perder su prestigio, como acontece con todo el que por caprichos de los Reyes se encumbra, que no por las verdaderas prendas personales, y la compra de la valiosísima alhaja quedó sin efecto.

Los apurados artífices no vieron otra solución, y cierto que era la mejor en que pudieran pensar,

que ofrecerla a la Reina.

¿Cómo —pensaban ellos—la Reina de Francia hade resistirse a tener en su joyero los más ricos diamantes del mundo?

Y, halagados con esta idea, se consolaban un tanto del retraso habido en aquel negocio.

Pero no se atrevía Boehmro a hacer el ofrecimiento por sí, temiendo que la Soberana le respondiera con evasivas, sino que buscó que le preparasen el terreno.

A la hora de audiencia se cruzó cierta mañana con Madame Campan, primera azafata de la Reina.

—¿Cuándo me dais licencia para besaros los pies, señora? —le dijo.

—¿No más que para besarme los pies? Tomad ahora la mano —le respondió la dama—, y después de la *toilete* de Su Majestad, dentro de una hora, pasad a mi aposento.

—Ello es asunto que puede redundar muy en beneficio de entrambos —replicó el diamantista—. Vos sabéis que yo poseo un riquísimo collar, en cuya construcción empleé casi toda mi fortuna.

—Ya sé —le atajó la azafata—. El mismo que destinabais a la Du Barry. Pero después hablaremos más detenidamente, que este no es asunto para ser tratado deprisa, ni en estos sitios. No os olvidéis; dentro de una hora u hora y media, en mis habitaciones.

Quedó el joyero brujuleando de corro en corro, arrimando como dicen el ascua a su sardina, esto es, dando a entender que andaba en tratos del famoso prendido cerca de Sus Majestades.

*

A la hora marcada para la entrevista, estaba Mr. Boehmro haciéndose anunciar a la camarista mayor de María Antonieta.

Poco hacía que llegara la tal del aposento regio.

Apenas oído el nombre de la visita que esperaba, le mandó pasar a su presencia.

—Sois un reloj. Pocos habrá que tengan vuestra puntualidad —dijo graciosamente la azafata—. La hora en punto se marca ahora desde que nos vimos en la antecámara de Su Majestad.

—Cuando nos espera una dama, casi todos los hombres damos a los relojes lección de puntualidad —respondió galanamente el joyero.

Apareció Mr. Campan, quien dijo burlonamente:

—Muy bien; el señor diamantista de Palacio en coloquio con mi mujer: ¡Vive Dios!

—Ya sabe, Mr. Campan, que este *honesto* ciudadano no quiere otras joyas que aquellas que por derecho propio son suyas.

Después de estos familiares escarceos, conjugaban un poco a cosa que en la corte de Versalles se vivía tan cotidianamente, abordó Boehmro el punto enteramente serio de la cuestión y habló de esta manera:

—Señora: Os dije esta mañana en la antecámara de la Reina que necesitaba hablaros acerca de un asunto que podía redundar en gran beneficio para ambos.

—Exactamente. Os referíais a un primoroso collar de diamantes.

—En el que mi consocio Mr. Bessange y yo hemos empleado toda nuestra fortuna.

—Pues ¿esa alhaja no la destinabais a Mad. Du Barry? —preguntó Mr. Campan.

—Así era —respondió un tanto compungido el diamantista—; pero vino la muerte, se llevó al Rey Luis (q. D. h.) y aquí tenéis, señor mío, que nuestra fortuna, y con ella nuestra tranquilidad, quedaron como quien dice en el aire.

—Quebradizo negocio ha de ser este de las joyas.

—Son la cosa que más se parece a la mujer; la estimación y el valor de unas y otra están en razón completamente directa.

—Así acontece que las joyas se ganan por las mujeres, y estas suelen perderse por las joyas. Pero, en fin, si gustáis, dejemos las divagaciones para más despacio y vamos a lo que nos importa:

—El collar.

—No lo olvidamos.

—Pues he pensado, señores míos, que nadie mejor que vosotros puede sacarme de este apuro, y al mismo tiempo procurarse unas docenas de miles de francos, que no es justo (y esto lo digo para que no me rehuséis el ofrecimiento) que para hacer el bien del prójimo trabaje gratis otro prójimo.

—Pasando por intermediarios...

—Cerca de sus Majestades. ¿Quién con más autoridad que madama, que por su extraordinaria simpatía ha llegado a ser la más leal amiga?

—Ciertamente que Su Majestad me hace la honra de distinguirme con su más alta estimación, pero

no sé yo si esto me da derecho, precisamente por esta misma deferencia, a mezclarme en asunto de tanta importancia.

Asintió Mr. Campan, y prosiguió por su parte autorizando con las suyas las palabras de su cónyuge.

—Aparte de que no es para nosotros acicate de la codicia tomar en cuenta los generosos ofrecimientos por nuestra modesta intervención en vuestro asunto, no creo que sea esta la ocasión más oportuna para llevarlo a cabo, puesto que por los apuros que ahora atraviesa el Estado, más está la corte para economías que para gastos. Así es que por esto me tomo la libertad de aconsejaros que esperéis a mejor ocasión.

—Y es lo peor, que no sé yo si habrá en todo Palacio quien se determine a ello.

—Entonces quiere decirse...

— Que en otra cosa nos tenéis enteramente a vuestro mandar, y muy honrados con serviros.

— Pero ahora, no...

—Ahora, nuestra conciencia de buenos franceses nos dice que sería una infamia proponer al Trono la compra de una alhaja de tanto valor, mientras el pueblo tiene hambre.

Visiblemente contrariado, se levantó el artífice del asiento, alzándose también para despedirle los dos esposos.

Ceremoniosamente besó la mano de Mad. Campan, e, inclinándose ante su consorte, salió de su estancia.

Decía mientras dejaba las habitaciones de los camaristas:

—Palaciegos y con escrúpulos, no harán fortuna, y ¡vive Dios! que el día que los vea caídos, me holgaré tanto de ello, como si hubiese tenido la suerte de vender el collar. Afortunadamente no me faltará quien se preste a la empresa, que estas plantas exóticas se dan poco en los jardines de Versalles.

*

Luis XVI era esposo complaciente y enamorado de su mujer. El amor conyugal era para él lo único que merecía todas las atenciones y todos los sacrificios, y, así, en su muy amada esposa empleaba cuidados y delicadezas que sus ascendientes en el trono tuvieron solamente para sus favoritas.

El diamantista había encontrado al fin quien se interesara en su asunto, que parece que fue el primer gentilhombre de armas de Su Majestad, y este fue quien llevó la inestimable joya hasta las manos del Monarca.

Admirable sobre toda ponderación le pareció el aderezo, y así como lo hubo contemplado muy a su sabor, pasó a ofrecérselo a la Reina.

En el preciso momento se empleaba esta en dar la última mano a su tocado.

Hizo salir a las damas y al peluquero, y así como los regios esposos estuvieron solos, le mostró el Rey la alhaja, diciéndole:

—Y ¿qué le parece a mi Reina este collar para completar su aderezo, y humillar con ello, si es que ya no lo hubiera conseguido, que yo sé que sí, la belleza y esplendor de todas las damas de Francia?

Tomó la Reina el collar, y, después de contemplarlo durante un buen espacio, se lo ciñó, rogando al Rey que le cerrase el broche.

La admiración parecía haberle cortado el uso de la palabra y no hacía más de contemplarse al espejo y, como si fuesen cuentas de *rosario*, repasar uno a uno todos los diamantes.

Se lo quitó y, teniéndolo en la mano, dijo:

—Pero esto ha de valer un imperio.

—¿Os gusta? —insistió el Rey.

—Y ¿a quién no —replicó la Reina—, si el prendido es magnífico?

—Os advierto que el joyero tiene especial interés en que no salga de Palacio, y para el pago me ofrece todo género de comodidades. Se aviene a cobrar la mitad de la suma en diversos plazos, y la otra mitad en rentas vitalicias.

—En eso, vos veréis; si ciertamente el precio no fuese muy crecido, podríais adquirirlo y conservarlo para cuando llegue el tiempo darlo como dote al Delfín. Yo, por mí, no he de usarle; con las alhajas que traje de Austria y las que aquí adquiriera, tengo más que bastante para mi adorno.

Replicó el Monarca que la mayoría del Delfín estaba aún muy lejos, y que, si ella renunciaba a la posesión del collar, desde luego no había que pensar más en él, y dar por deshecha toda negociación.

A lo que muy discretamente tuvo que responder la Reina: —Más falta que un collar nos hace un navío. Volved esto, y, ya sabéis, por lo mucho que os amo, que tanto os lo agradezco como si lo aceptara, pero considerad conmigo que no estamos para estas cosas tan bellas, de tanto valor y tan inútiles.

—Decís bien, amada mía—respondió el Monarca hecho un madrigal—; la joya más espléndida de mi corona no necesita otra alguna; ella sola se basta para lucir sobre todas las de la tierra.

—Decidme —preguntó María Antonieta—, ¿quién os propuso esa compra?

—Nuestro joyero.

—¿Boehmro?

—Por mediación del primer gentilhombre de mi cámara.

—Ese Boehmro es insaciable. Quiere que todas las alhajas que por su elevado precio no tienen salida inmediata se queden en Palacio. Más de 360.000 francos le llevo ya pagados de mi caja particular.

—Pues ¿qué es esto, señora mía? ¿Vos, por vuestra propia cuenta, hacéis estas compras? —la reprendía jovialmente Luis.

—Ya os dije, señor —respondió ella en el mismo tono—, cuál es mi criterio en estas cosas; los lujos particulares de los Reyes han de pagarlos los Reyes, pero no la nación.

—Pues vos no podréis renunciar a que yo, como jefe de ella y esposo vuestro, os regale este aderezo de rubíes y diamantes blancos y este par de brazaletes de oro.

Y, según lo decía, iba colocando el magnífico presente sobre la belleza primaveral de María Antonieta...

La Reina dejaba que el Rey la sirviese de azafate…

*

Mr. Breziers, primer gentilhombre de cámara de Su Majestad católica el Rey Luis XVI, recibía momentos después de esta escena la visita del primer joyero de la corte.

—Y bien —le dijo este apenas estuvo en su presencia—, ¿qué hay de nuestro asunto?

—Tengo el sentimiento de deciros que nada —respondió apesadumbrado el magnate—. Dicen Sus Majestades que no está el Real Tesoro para gastos de esta clase, y así que, desde luego, os dan licencia para procurar la venta de vuestra joya.

Y, mientras que esto hablaba, ponía el primoroso estuche en manos del triste diamantista.

—Ved aquí —dijo este tornándole—, que con este tesoro me dais mi ruina. Considerad cuán extraña paradoja. Mi socio Bassange y yo hemos puesto en la construcción de este aderezo nuestras fortunas. Por un Rey fue mandado construir, y solo un Rey podía adquirirlo. Estamos perdidos. No hay salvación posible. No tardaréis mucho, señor hidalgo, en ver a Boehmro, el primer joyero de la corte de Francia durante dos reinados, pidiendo limosna de puerta en puerta.

Y el pobre hombre lloraba como un muchacho.

—A mi ver —dijo compadecido el cortesano—, solo encuentro un medio. No os doy palabra de que sea decisivo para vuestra pretensión, pero entiendo que es el único que pudiera saliros bien. Pedid una audiencia a la Reina y exponedle vuestra situación.

—Y ¿vos creéis que ello pudiera conducirnos al fin deseado? —preguntó con ansia el diamantista.

—Acaso. Ya sabéis que María Antonieta tiene un excelente corazón, y en lo que esté de su parte, no hay desgracia que no alivie. Si sois hábil para exponérselo, todo puede esperarse.

—¿Queréis pedir vos en mi nombre esta audiencia?

—No tengo inconveniente.

Poco más hablaron, y algo más tranquilo con aquella solución salió el diamantista de la cámara de Breziers.

En las galerías no dejó de hablar del famoso aderezo, y de los tratos de venta en que andaba con la Reina.

—Veréis —decía— que será la más valiosa alhaja de la corona. Lástima grande hubiera sido que fuera de Francia tuviese salida para adornar alguna diadema extranjera. ¡Oh, este collar será famoso en la historia!

Acaso sin sospecharlo, profetizaba una gran verdad.

*

Pocos días después, Boehmro era recibido en audiencia por la Soberana.

De no muy buen grado concedió esta visita María Antonieta, porque bien conocía el objeto de ella, pero quiso desengañar por sí misma al impertinente.

Se diría que el artífice más bien iba a un duelo que a una audiencia Real.

Se había vestido enteramente de luto y aderezado llevaba su rostro de la más triste expresión.

Muchos oficiosos palaciegos, en los momentos que esperaba, se acercaban a preguntarle qué desgracia le había acontecido, y tal cual hubo que, por descontado, y sin preguntarle cosa alguna, le tendió la mano diciéndole:

—¡Salud para encomendarla a Dios! ¡Designios indiscutibles son de Él, y cuando así lo hace será porque nos conviene!

Al fin fue llamado.

Apenas atravesó la puerta de la Real cámara, hecho un mar de lágrimas y un vendaval de suspiros, se arrojó a los pies de la Soberana.

— Señora —exclamó—, en Vuestra Majestad está en este instante el hilo de mi vida. Si no me compráis el collar, caigo en la ruina más espantosa y, por ende, en la deshonra. Yo no puedo sobrevivir a estas dos desgracias tan enormes; si mis súplicas merecen vuestra negativa, habrá sido esta audiencia para despedirme de vos en la tierra, porque cuando salga de aquí me quitaré la vida.

La Reina, serenamente, y sin duda teniendo en cuenta aquel refrán que dicen en Castilla, y acaso en Francia convenientemente traducido, de «perro ladrador, poco mordedor», le replicó, mostrando en sus palabras maternal severidad:

—Levantaos, Boehmro. No soy amiga de semejantes escenas, ni creo que son las más a propósito para presentaros ante mí; las comedias se representan en el teatro, pero no en Palacio. Si como decís, cuando salgáis de esta estancia os quitáis la vida, a Dios tendréis de dar cuenta de vuestro arrebato, que no a mí; yo no haré más que compadecer vuestra locura. En cuanto al collar, no se os olvide que yo no os lo encargué, ni aún de él tuve noticias hasta que el Rey vino a ofrecérmelo, y yo lo rehusé, comprendiendo que no está la nación para costear estos dispendios, y no es justo, ni siquiera cristiano, que el pueblo no tenga pan porque yo tenga joyas. Y entended, que por mi propia voluntad he renunciado al collar, no penséis que haya podido influir alguien en mi decisión. Puesto que a vuestros intereses conviene venderlo, deshacedlo y ved si así tiene más fácil salida. Yo nada puedo hacer, y así os ruego que jamás volváis a hablarme de esto, que si me tuvierais el amor y el respeto que deben tener a sus Monarcas los buenos vasallos, no hubierais hecho esta comedia. Y os ruego que sea esta la última, pues ya veis que no os llama Dios por el camino de la farsa. Ahora, salid, que ya hemos hablado demasiado.

Se alzó el malaventurado diamantista y, besando la diestra que María Antonieta le tendía, abandonó la estancia lleno de pesadumbre y de rencor, pues ciertamente que no esperaba tan rotundo fracaso en la representación de la burda comedieta que traía preparada.

*

Por algún tiempo no volvió a verse en Palacio a monsieur Boehmro; a pesar de su cargo oficial como joyero de la corona, no acudía a cumplir sus menesteres, y tuvo necesidad María Antonieta de encargar a otro artífice la compostura de sus joyas.

Al fin, una mañana se le tornó a ver por las galerías y antecámaras de Palacio, pero ya sin molestar a nadie con sus lamentaciones ni glosas de su ruina.

Mostró deseos de ver a Su Majestad, no ya para implorarla, sino para mostrarle su gratitud.

Nadie se explicaba a qué pudieran obedecer estos pujos de agradecimiento.

Con motivo del alumbramiento de la Reina, por aquellos días, el Rey quiso hacerle un rico presente

de hebillas y diamantes, que fueron encargadas a Boehmro, el cual, al entregarlas a la Reina, lo hizo acompañadas por una esquela en que la felicitaba por verla en posesión de los más hermosos diamantes que había en Europa, y le rogaba muy respetuosa y encarecidamente que no le olvidase.

Creyó María Antonieta que aquello era otra impertinencia más de Boehmro, y quemó el papel en la llama de una bujía, diciendo:

—No hay para qué guardarla.

Y, dirigiéndose a Mad. Campan, su camarista mayor:

—Vos, que tenéis tan buen arte para adivinar los enigmas del *Mercurio*, a ver si os dais maña para acertar lo que quiere decir este loco. Pienso que este hombre no vive más que para martirio mío. Cuando le veáis, decidle que, por lo que a mí respecta, puede dejar el cargo de diamantista de la corona, pues que no pienso gastar más dinero en alhajas. Si tuviera dinero de sobra, lo destinaría a aumentar mis posesiones en Saint Cloud. Decidle bien todas estas cosas, tal y como las digo a vos, para que sepa que no estoy dispuesta a continuar sufriendo sus impertinencias.

Pocos días después de esto, inquieto el diamantista por no haber tenido respuesta a su carta, procuró avistarse con Mad. Campan.

Los rigores de la estación, pues comenzaba muy bravo el mes de agosto, habían conminado a la íntima de María Antonieta en sus posesiones de Crespy.

Mucho sorprendió a la camarista la visita del inoportuno, pero así y todo le recibió afablemente y como a buen amigo.

—Ya sé que ha de extrañaros mi visita —habló Boehmro—, pero las circunstancias me obligan a ello.

—Vos sabéis que venís a vuestra casa —le respondió la dama—, pero ciertamente que alguna cosa de mucha trascendencia, aparte de nuestra buena amistad, es sin duda quien os trae aquí.

—Así es, señora.

—Vos sabréis —prosiguió el joyero—, que hará cosa de quince días incluí a Su Majestad una esquela al remitirla, perfectamente concluidos, los regalos que el Rey me encargara.

—Y en ella la felicitabais por ser dueña de los más bellos diamantes que existen en Europa.

—Veo que estáis perfectamente enterada.

—Y en la que rogabais que no os olvidase.

—Así es.

—Pues, bien; ni Su Majestad ni yo pudimos averiguar el objeto de la felicitación, ni la causa por la que rogabais que se os tuviese en la memoria.

—Es posible.

—Por cierto, que ello causó notable enojo en la Soberana.

Y aquí, Mad. Campan repitió casi con las mismas palabras aquellas duras razones que María Antonieta le encargase.

Apenas calló la camarista, exclamó Boehmro muy exaltado:

—Ah, señora; eso no es posible. La Reina sabe que tiene que darme dinero.

—Pues, ¿por la intendencia de Palacio, no os fueron pagadas todas vuestras cuentas?

—¿Cómo puede estar pagado un hombre a quien se le adeuda un millón quinientas mil libras? Decís más bien que se le ha arrojado a la ruina y a la deshonra.

—Boehmro. Veo con muy gran sentimiento que hay que creer lo que dice de vos la Soberana.

—¿Qué dice?

—Que habéis perdido la razón.

—A fe que, si no la he perdido, veo que en este asunto lleva camino de hacérmela perder.

—Pero vamos claros. ¿Por qué causa puede la Reina deberos esa enorme cantidad?

—Por mi gran collar, señora.

—Pero ¿es posible que andéis aún en pleito con la dichosa joya? ¿No habíais hecho correr el rumor de que lo habíais vendido para la favorita del Sultán de Turquía?

—Por orden de Su Majestad daba esta respuesta a cuantos por él me preguntaban.

—¿Cómo os atrevéis a sostener esa impostura, habiéndoseos negado la Reina a Vos mismo?

—Después sin duda que lo pensó y cambió de parecer.

—Pues, señor mío; vos sabéis que acostumbro a estar muy poco tiempo lejos de ella, y jamás le he

visto ese collar. Pero esa compra ¿se os hizo directamente?

—Intervino en ella el Cardenal de Rohan.

—¡Oh, señor mío, cómo estáis! Pero ¿vos no sabéis, si lo sabe toda Francia, y entiendo que toda Europa, que desde que llegó de Viena Su Majestad no ha dirigido una sola palabra a ese Prelado?

—Vos sois quien me parecéis mal enterada en este asunto. La Reina y el Cardenal se ven a menudo y hay una franca inteligencia entre los dos, como puede probaros el que me haya entregado Su Eminencia, como primer plazo de la venta del collar, la suma de 30.000 libras. Además, por si esto os parece poco, puedo presentar como comprobantes billetes firmados por la Soberana, los cuales, por cierto, me han servido de garantía para que mis banqueros me diesen nuevos plazos para satisfacer mis pagos.

Asombrada y sin dar exacto crédito a lo que oía quedó Mad. Campan, pues le constaba de certísima manera que la Reina ni poseía el collar ni había hecho trato alguno respecto a él.

Llegó a dudar de que la confianza con que la Reina la distinguía no fuera tan íntima como tenía creído, y así aconsejó a Boehmro que partiera a Versalles y lo tratara con el Tesorero Real.

Y, levantándose del banco en que se asentaba, dio por concluida aquella entrevista que ya le iba siendo enojosa

*

La joven Reina había recibido un billete de su primera camarista Mad. Campan, dándole cuenta de la escena habida con el joyero, y advirtiéndole para que estuviese sobre aviso de la intriga del collar.

Mucho se indignó la Soberana, pues pensaba que aquel hombre era como el diablo que la condenara de por vida, y tenía el desesperante destino de tener que vivir sujeta a su impertinente testarudez.

Mandó, pues, llamar a su presencia a Boehmro.

Muy agria de ceño y seca de palabra le pidió razón de la calumnia que iba propalando.

—Señora —respondió este—, en cuanto a la compra del collar para Vuestra Majestad, no hay calumnia alguna, ni yo, por la probada lealtad que siempre tuve a mis Soberanos, la sostendría. La alhaja me fue comprada por encargo de Vuestra Majestad. La única culpa que pudiera haber a mi cargo es la de haber dicho que aún no me ha sido satisfecho el importe, pero ello, muy a pesar mío, me era preciso hacerlo constar para contener a mis acreedores.

—Y ¿qué tengo yo que ver con vuestras deudas, ni con vuestras farsas?

—Señora; de las entrevistas secretas habidas entre Vuestra Majestad y Su Eminencia el Cardenal de Rohan, salió la compra de la joya, cuyo importe con tanta justicia y tanto respeto reclamo.

Al escuchar María Antonieta tales palabras, se alzó indignada y le dijo:

—Os olvidáis de que estáis ante la Reina de Francia, y del respeto que como vasallo estáis obligado a guardarle.

Puesto ya Boehmro en la rampa de las inconveniencias, y creyendo que no se trataba de otra cosa que de negarle su derecho, se atrevió a replicar:

—Señora: vea Vuestra Majestad que no es ya tiempo de fingir ni mi apurada situación me permite esperar un día más; dignaos a manifestar que poseéis el aderezo, y mandad, señora, que se me atienda, si no queréis saber algún día que el maestro joyero de la corte de Francia se ve obligado a pedir de puerta en puerta una limosna por amor de Dios.

No pudo María Antonieta sufrir más y, señalando a Boehmro el camino de la puerta, le dijo arrogantemente: «Salid».

Pero este, sin determinarse a obedecer, dijo:

—Escuchad, señora...

Una crisis nerviosa se apoderó del ánimo de la Reina, y con palabras entrecortadas que le manaban al mismo tiempo que las lágrimas, se desataba en denuestos e injurias contra el Cardenal de Rohan y sus secuaces, pues ya iba alcanzándosele que cuanto de las palabras del diamantista se desprendía era una hábil e infame intriga tramada con el único fin de perderla.

—Hay que desenmascarar a estos bandidos —decía—. Cuando la púrpura romana y los blasones de Príncipe no valen para otra cosa que para encubrir a un aventurero, es preciso que Europa entera lo sepa.

Tomó de nuevo la palabra y habló así:

—El 24 de enero de este mismo año, vino el Cardenal a mi casa, en ocasión que me acompañaba mi consocio Bessange, y pidió que le enseñáramos las alhajas de más precio. Lo hicimos así, y aprovechamos la ocasión para mostrarle el famoso collar. Después de haberlo examinado muy detenidamente y elogiarlo mucho, dijo que ya tenía noticias de él, las cuales en nada desmerecían de su extraordinario mérito. Nos preguntó el precio, pues aseguró tener encargo de ello, así como de entrar en negociaciones de adquisición. Lo fijamos en 1.600.000 libras, y respondió que daría cuenta a la persona que le comisionaba y cuyo nombre no estaba aún autorizado para revelar. Se fue, y de allí a dos días nos concedió audiencia para comunicarnos con la más alta reserva las proposiciones que tenía encargo de hacer. Después de que el aderezo fuera examinado por los peritos Mrs. Doigny y Maillard, si aceptaban estos como legal el precio señalado, quedaría enajenado el collar, debiendo de pagarse en plazos semestrales de 400.000 libras, siendo el primero de allí a medio año, que se empezaba a contar desde aquel mismo día. El 1.º de Febrero, por la mañana, nos envió a llamar Su Eminencia. Nos dijo que quien por mediación suya hacía la adquisición del collar erais vos, señora, y nos enseñó la proposición firmada de puño y letra de Vuestra Majestad.

—¡Mintió! —exclamó la Reina, roja de ira.

—Le creímos nosotros atendiendo a vuestro escrito, y no tuvimos ya inconveniente en entregarle la joya, previas todas las formalidades del caso.

—Bien está —dijo la Reina—; voy creyendo que vos y yo hemos sido villanamente engañados, pero yo os juro por el amor de mis hijos que más pura que el sol va a lucir la verdad, y ¡ay del miserable que haya intentado manchar mi nombre con esta felonía! Ahora, tened la bondad de salir. Necesito estar sola. Creedme. Se hará justicia.

Y quedó sola la Reina.

II. El Cardenal de Rohan

Era el 15 de agosto. Celebraba la Iglesia la fiesta de la Asunción, y todo Palacio había acudido a la litúrgica ceremonia.

Había oficiado en ella Su Eminencia el Cardenal de Rohan. Después de que todo hubo terminado, y cuando ya el Prelado se disponía a dejar la corte de Versalles, fue llamado urgentemente por el Monarca, y al regio aposento tuvo que pasar sin despojarse de los hábitos sacerdotales.

Apenas entró el purpurado, le preguntó secamente Luis XVI:

—¿Es cierto, señor Cardenal, que hayáis comprado diamantes a nuestro joyero Boehmro?

—Sí, señor —respondió Su Eminencia.

Y prosiguió en esta manera el interrogatorio, mezclándose en él diferentes veces la Soberana.

—¿Y para qué objeto fue esa compra?

—Lo hice por encargo de la Reina:

—¿Fui yo quien os diera esta comisión?

—No, señora.

—Pues ¿quién, si no?

—Una dama que dijo ser Condesa de La Motte Valois, la cual me obligó a ello presentándome una carta de Su Majestad, en la que me honraba con pedirme este servicio.

—Si hace más de ocho años, señor Cardenal, que no os dirijo la palabra porque caísteis en mi desfavor, ¿cómo pudisteis creer que yo me dirigiera a vos para asunto tan delicado?

—Señora, reconozco mi error y pido indulgencia de él a Vuestras Majestades. Yo pagaré el collar. El grato deseo que tenía de volver a vuestra Real gracia me fascinó, impidiéndome por completo advertir la infamia de que he sido víctima. Ved aquí, señora, la carta clave de esta malaventura.

Y sacó de su cartera un pliego perfumado que puso en manos del Rey.

En ella, sobre la firma de *Maria Antonieta de Francia*, se daba al Prelado orden para adquirir el collar.

—¿Cómo habéis podido creer, señor Cardenal —dijo el Rey después de haber leído la carta—, cómo habéis podido creer vos, Príncipe de la casa de Rohan, vos, Limosnero Mayor de Francia, que firmara la Reina de esta suerte tan absurda? ¿No sabéis, a pesar de vuestra nobleza, que las Reinas firman solamente con el nombre?

—Perdón, señor; el engaño ha sido tan funesto, que cerró mi pensamiento a todo lo razonable.

—Y vos ¿escribisteis esta carta? —le preguntó el Soberano, mostrándole una copia de la carta escrita a Boehmro.

—No sé, señor.

—¿Y si se os mostrara el original firmado y rubricado por vos?

—Si la carta está firmada por mí, desde luego, Majestad, que será mía.

—Vamos, sosegaos; no tengo empeño alguno en que aparezcáis culpable; deseo, más que vos mismo, la justificación de estas cosas. Tened a bien de explicarme lo que significan esos pasos dados con nuestro diamantista, esas seguridades y estos billetes.

El Príncipe y Cardenal de Rohan palideció intensamente.

—Señor —respondió—, me hallo tan impresionado, que no acertaría a responder a Vuestra Majestad con la claridad que el caso requiere.

—¿Lo haríais, acaso, mejor por escrito?

—Pienso que sí, señor.

—Sea; por mi parte no hallaréis dificultad alguna. Pasad a este aposento contiguo, allí encontraréis todo lo necesario para escribir. Ahora, que Dios os ilumine.

Su Eminencia pasó al aposento que el Rey le indicara. Cuando María Antonieta vio cerrarse la puerta detrás del humillado Cardenal, tembló. Pensaba que sus enemigos se habían confabulado terriblemente para malquistarla con su esposo y con la Francia entera.

Acontece haber tanta maldad y tanta bellaquería en el mundo, que no era extraño que el tiempo que tardó en aparecer el Prelado con la declaración y defensa de los cargos que le imputaban fuese para la joven y bella Soberana una horrible tortura en que el alma y el corazón se dolían sin acertar a quejarse.

*

Apenas se halló solo Su Eminencia en el gabinete del Rey, se dirigió precipitadamente a la mesa que presidía en el centro de la habitación, donde halló todo lo necesario para escribir.

Mas no piensen las almas sencillas y de buena fe que fuera tanta ansia por descargar su apesadumbrada conciencia fuera de la curiosidad y de las hablillas de los cortesanos que mostraban mal disimulado regocijo por aquella estruendosa caída del Cardenal en plena corte, sino para escribir un billete a su provisor el abate Georgel, en el que no decía más de estas palabras:

—Voy a ser arrestado. Quemadlo todo.

Luego, deprisa y sin meditación ni discernimiento, escribió una especie de declaración tan confusa como la que había hecho verbalmente.

Salió presto con el pliego, el cual puso en manos del Rey.

Y, en tanto que este recorría el informe, no le faltaron medios a Su Eminencia para escurrir el billetito muy bien acompañado de un escudo de oro en manos de un ujier, que no tardó mucho en hacerlo pasar a su destino.

Mientras duró la callada lectura de Su Majestad, reinó un augusto silencio en toda la cámara.

En cuanto acabó, muy pausadamente dobló el pliego, lo puso sobre la mesa que tenía al lado en la que descansaban el sombrero, el bastón y los guantes, y dijo al Príncipe de Rohan:

—Tengo el sentimiento de participaros que quedáis detenido.

—Señor —exclamó sumisamente el purpurado—, pronto me tenéis para obedecer vuestras órdenes, pero quisiera pediros una señalada merced antes de constituirme en prisión: que se me evite el dolor y la vergüenza de ser conducido con estos hábitos y a los ojos de toda la corte.

—Es preciso hacerlo así —respondió el Monarca, y salió bruscamente sin querer escuchar los ruegos del alcurniado clérigo.

El Mayor de la corte, Mr. D' Agoul, se le acercó, y diciéndole «Cuando gustéis, monseñor», salió con él. En el jardín aguardaba un coche de camino, convenientemente escoltado, que debía conducirlos a París.

*

Luis René Eduardo de Rohan puede decirse que no tenía otro ascendiente sobre sí que la nobleza de su sangre y el polvo de sus pergaminos; su prestigio no podía estar más en baja, y su favor con la corte más en ruinas.

Es fama que su soberbia rayaba en cinismo y se creía capaz de eclipsar el talento de Richelieu, esperando, como aquel, ser un día absoluto señor y curador de los destinos de Francia; mas, tan desdichadamente respondía su manera de proceder a tan altos deseos, que donde quiera que Su Eminencia ponía mano, florecían con mucho empuje el desacierto y la discordia.

Mientras que allá por los años de 1785 estuvo de Embajador de Francia en la corte de Viena, no hizo otra cosa que ponerse la proa para el porvenir, dificultando, cuanto estuvo de su parte, la buena inteligencia que entre las dos naciones existía.

Se enajenó para siempre la voluntad de la Reina María Teresa y de la que iba a ser esposa de Luis XVI, sin haber sabido aprovecharse de los enemigos de aquel reino.

En fin, lo que se dice una verdadera desgracia.

Un asno cargado de reliquias.

María Antonieta, desde el mismo día que como Princesa consorte puso el pie en Estrasburgo, donde fue recibida por el Cardenal, le demostró su aversión, y nunca más quiso tenerle por amigo.

Su vida privada estuvo de continuo en muy mala armonía con su cargo sacerdotal. La fastuosidad y el vivir mundano tenían en Su Eminencia un bravo paladín.

Acosado por las deudas, pues no le solían bastar los cuantiosos rendimientos de sus cargos, solía decir:

—No comprendo qué *vida decente* pueda hacer un caballero que cuente no más con un capital de 1.200.000 escudos:

En los amores de Su Eminencia se prendían las más bellas cortesanas de Palacio y de fuera, porque él entendía que, sirviendo a Dios en la Iglesia, fuera de sus divinos menesteres, para nada tenía que guardar escrúpulos de conciencia; y así de nada hacía ocultación, como no fuera del talento, y del decoro. Es fama que muchos de los favores y empleos que dio en la tierra tuvieron como imán unos

ojos bonitos y unas faldillas locas.

*

Y de uno de estos eróticos párrafos de su vida, le alcanzó a Su Eminencia este desagradable capítulo.

Mad. de Boulainvilliers, que poco antes había explotado lindamente la galantería del señor Cardenal, parece que quedó un tanto eclipsada por los encantos de cierta bella camarada suya, Mad. La Motte.

Esta mujer había sido y era una aventurera peligrosa, desgajada de una ilustre casa de Francia. Comprendió que el Príncipe de Rohan, aun estando como estaba en desgracia, podía ser excelente instrumento para sus intrigas y atendió muy complacida a las oficiosidades de monseñor.

Le dijo tener ella la suficiente ascendencia con la Soberana para hacerle tornar a su gracia, y así, desde aquel momento, se viera en camino de ocupar en el afecto de las Reales personas el lugar que por su alta jerarquía y su ilustre alcurnia le estaban bien.

No sabía Su Eminencia cómo agradecer esto, si no era poniéndose enteramente a disposición de Mad. La Motte para todo cuanto se le antojara. Y la tal, que era lo que ansiaba, no desaprovechó el ofrecimiento.

Los deseos del Cardenal por alcanzar el favor regio eran vivísimos, y, así, no dejaba de preguntar a su protectora noticias de cómo iba el empeño que ella tan generosa y voluntariamente había tomado bajo su férula.

Al fin parece que le dijo cierta noche:

—Sabed, monseñor, que hoy os traigo una agradable nueva que pienso que me la habéis de agradecer.

—Hablad, por vuestra vida —dijo Su Eminencia—, que las buenas noticias no es bien que se retarden.

—Pues sea —replicó coquetonamente madama—. Pues ello no es más sino que estoy autorizada por la Reina para pediros y recoger una justificación escrita de las faltas que se os imputan.

—¿Es cierto? ¿No lo decís para procurarme una alegría, aunque sea momentánea? —preguntaba el infeliz Prelado, que tenía aquello por un bien ultraterreno.

—¿Cómo es posible, amigo mío, que yo me atreviera a tanta osadía? —respondió La Motte, aderezando su rostro con toda la severidad de los retratos que viera en el Palacio de Justicia. No quiso oír más el de Rohan y salió inmediatamente a escribir el papel que se le pedía.

*

Pasaron algunos días.

Durante ellos, bien puede asegurarse que todas las miras y todas las ansias del Cardenal estuvieron puestas en la nueva jornada que con la Reina se le prevenía.

Mad. La Motte entró aquella tarde muy ufana y con muy poco respeto del alto ministerio de Su Eminencia, se le sentó a la par y, apeándole el tratamiento, le dijo que en papelillos como enérgico remedio, que si no se dosifica bien aprovecha mal, le traía el remedio de su desgracia.

Y le mostró un elegante y perfumado pliego, el cual, en son de broma, pasó rápidamente ante los ojos del Cardenal.

—Y ¿qué voy yo ganando con servir de curandera a mi curilla? —le decía—. Porque esto es tanto como la salud a un desahuciado.

—¿Pues qué más queréis —le decía el de Rohan— sino a mí?

—Ello es bastante —le respondió la pécora—; y con eso y conque no me olvidéis al lograr la prosperidad que se os viene a la mano, se da vuestra Juanilla por feliz.

Y puso el papel en las cardenalicias manos.

Y él, sediento de la Real gracia, halló que decía:

«Señor Cardenal: Por la Condesa de La Motte ha llegado a mí la justificación de vuestra conducta. Con sumo agrado veo que no sois culpable de las viles acusaciones que llegaron hasta mí, pero, muy a pesar mío, no puedo aún concederos la audiencia que me pedís. Pienso que no he de tardar mucho en poder complaceros como es vuestro gusto y el mío.

Fiad en mí que no dejaré de avisaros por la misma persona que os lleva este billete, cuando lo permitan las circunstancias. *Sed discreto, muy discreto*».

—¡Eh! ¿Qué decís? —le preguntó la Condesa.

—Que me dais una de las alegrías más intensas que he recibido desde hace mucho tiempo. No podéis imaginaros lo que representa para mí volver a alcanzar el favor perdido en la corte.

—Ved aquí como quien bien ama sabe siempre dar algo más que su cariño —dijo madama, profanando con un beso la eclesiástica jerarquía de Su Eminencia.

*

Mientras llegaba la hora de la jamás esperada cita, ventura que tan rayana en lo imposible miraba el Cardenal, y mientras se acicalaba pulcramente como un Don Juan de oficio, se hacía profundas consideraciones acerca de la volubilidad de la mujer y las artes extraordinarias que acontecen poner en boga para la buena marcha de sus caprichos.

¿Quién le dijera a él que aquella testa coronada que tantos enconos desplegara hasta allí contra él debía ahora de venir a concederle una solitaria y nocturna cita en los espléndidos vergeles de Versalles, y en las mismas barbas del Rey como quien dice?

Ciertamente que su figura, notablemente avalorada con las elegantes ropas talares, era como potente imán que hacía caer a las infelices mujeres.

Desde la Princesa altiva
a la que pesca en ruin barca...

El billete perfumado y discreto le quitaba diez años de encima, sin los que Su Eminencia estaba lindamente.

«A las once, junto a la fuente de Apolo», decía el papel.

El Cardenal lo leyó infinitas veces antes de dejar sus habitaciones.

Era tornar al esplendor y ascendencia perdidos y nada menos que del brazo de la Reina y a espaldas del Rey.

¡Vive Dios! que era mucho más de lo que pudiera soñar.

Al pie de la misma escalinata que al jardín conducía, se encontró Su Eminencia con la Condesa de La Motte, la cual, tomándole de la diestra, le dijo:

—Yo os pondré en camino. Vos no acertaríais en un buen rato yendo por el sitio de costumbre. Estos jardines tienen senderos y veredas secretas para mí. La Reina me encargó, ¡ay, triste!, que la sirviera de este menester. Dice que es muy urgente y callada la visita.

Y por un buen espacio anduvieron la coima con blasones y el rufián con sotana.

Llegados al sitio convenido, desapareció la Condesa y dejó al Príncipe en la augusta compañía de la Reina de Francia.

En este punto es bien dejar la comedia y retroceder un poco a buscar su verdadero origen.

III. La Condesa de La Motte y la Baronesa de La Oliva

Todas las tardes, durante las cálidas del estío acudía a los jardincillos de el Louvre una linda mujer acompañada de un niño de pocos años.

Bonita y de muy buena proporción en la figura, aunque tirando algo más a menuda, era la tal.

No había mirada que no se posara en ella, y cuantos ojos la asaetaban trasladaban este recado a los labios: «¡Es un retrato que anda! ¡Valga Dios, que nunca vi tan exacto parecido! Por fuerza, la madre de esta mujer ha estado en Austria».

Dice madama la Historia, quien a las veces huronea por las vidas privadas para mejor dar luego fe de las públicas, que esta madamita no era otra cosa que un bello imán de la carne pecadora y lasciva, pero de carne alcurniana, mas no plebeya.

Mlle. Essigny se llamaba.

Una tarde del mes de junio del año de gracia de 1784, se hallaba, como por costumbre tenía, en el dicho jardín, cuando advirtió la presencia de un apuesto galán que insistentemente la contemplaba.

Vio el dicho examinador una silla vacante junto a la de ella y prestamente la ocupó para desde allí establecer más sosegadamente su espía.

Y así estuvieron por un buen espacio. Essigny, más arrebolada que una cereza, y el caballero, muy impertinente de ojos, pero muy comedido y discreto de lengua, puesto que no habló palabra, tanto, que tentada estuvo de decirle la ninfa:

—¿Qué se os ofrece, señor mío?

Porque sin duda pensaba la tal: «Si a este hombre le parezco bien y quiere requebrarme por lo fino si créeme pasta de matrimonio, ¿por qué no me habla? Y si no, ¿por qué no se explica por señas?».

Al fin se desesperó tanto que, llamando al niño, se puso en pie y se alejó de aquel sitio.

Mas no por esto piensen que se le acabara la espía, que muy cínicamente echó tras de ella, sin perder la pisada, hasta dejarla en el mismo zaguán de su casa.

Durante unos cuantos días se repitió la escena del jardín, y hubo uno en que se determinó el galán a dejar oír el incógnito metal de su voz.

—Muy extraño —le dijo— ha debido pareceros esta asiduidad mía, mas no lo achaquéis a otra cosa que a natural interés, pues lo que mucho admira suspende el ánimo, aguija el pensamiento y deja

poco lugar a la palabra.

—Bien sabe Dios, señor caballero, que le doy gracias por haberos oído al fin, que en verdad me temía que fueseis mudo.

—Y ¿de los mudos pensáis vos que no son hombres para llegar donde pueden los que tienen el don de la palabra? —le preguntó el galán tirando un poco del amor hacia la diestra mano, tal y conforme vamos para Venus.

A lo que respondió muy a tono la experta sabedora:

—De todos pienso lo mismo, puesto que de igual masa están hechos y hacia el mismo fin caminan los unos hablando y los otros en silencio, pero medios de expresión tienen también aquellos desgraciados merced al jamás como se debe alabado y glorificado abate L' Epée.

—Habláis como un docto libro, y...

—¿Qué?

—Que, si ello no os incomoda, quisiera yo que hablásemos a solas.

—Paso, señor caballero, que vais demasiado aceleradamente y no miráis que podéis caer.

—Os advierto que ahora voy deprisa para caminar luego despacio, y sabed que, aunque sois tierra abonada para amores y otros frutos que de ellos nazcan, no es ahora Maese Cupido quien me envía a vos, sino la conveniencia y bellaquería del vivir.

Notable extrañeza causó en el ánimo de la dama esta salida inesperada del caballero.

Le dijo que le hablara claramente. A lo que él respondió:

—No es este lugar a propósito. Sé dónde vivís; hacedme la merced de esperarme en vuestra casa.

Y, saludándola muy cortésmente, se fue a unir con una bella dama que no lejos paraba de aquel sitio.

Poco hacía que Essigny entrara en su casa; comenzaba a hacer los preparativos para cambiarse de ropa, cuando vio reflejarse en el espejo que tenía frontero la esbelta figura del galán del jardín.

Altamente sorprendida quedó de la aparición, y aun transcurrió un breve espacio hasta que se repusiera y tuviera alientos para pedirle cuentas de aquella irrupción, que ciertamente no sabía cómo calificar.

—Señorita —le dijo este muy cortés—, en verdad que no sé cómo pediros perdón por esta osadía,

pero no he tenido más remedio que saltar por todas las leyes de la discreción y de la urbanidad para proseguir la entrevista de esta tarde, cuya resolución puede ser para vos de muy grande transcendencia.

—Caballero —replicó Essigny—, sea como queráis, ya que hasta aquí llegasteis. Tomad asiento y veamos en qué puedo seros útil.

Lo agradeció muy cortésmente el hidalgo, y, aproximando una silla a la en que la dama se hallaba, continuó:

—No me trae a vos, señorita, el incentivo de vuestra rara beldad, ni vengo tampoco a molestaros por mi propia cuenta. Soy, como quien dice, un embajador.

Hubo una pausa de silencio que el caballero aprovechó para observar ligeramente el efecto que sus palabras iban produciendo en el ánimo de la linda aventurera, y esta para escudriñar las facciones del incógnito visitante. El tal continuó su parleta:

—Una persona de muy gran distinción y que en la corte disfruta de alto predicamento me envía a deciros que necesita de vuestros servicios, los cuales a ambas os serán muy útiles, y que tengáis la amabilidad de esperarla mañana por la mañana antes de las once. Hasta ella ha llegado la fama de vuestra discreción, así como de vuestra belleza, y tiene muy grande empeño en protegeros.

—Y ¿quién es esa persona?, decidme si sois servido, porque, como comprenderéis muy bien, conceder entrada en mi casa a un desconocido...

—Decid más bien desconocida.

—Bien; a una desconocida, ignorando en absoluto quien pueda ser y los fines que hacia mí la encaminan...

—No paséis pena por esto, que no recibiréis a alguien de quien tengáis que arrepentiros. Ya os digo que es su alcurnia muy alta y goza en la corte de Francia de poderosa influencia. Mañana por la mañana, a la hora que os he dicho, me tendréis aquí con ella.

—Pero... yo no sé, estoy confusa. Esto es verdaderamente un abuso de confianza, el cual no me encuentro con fuerzas para impedir; vuestra osadía y vuestro cinismo, señor caballero, están en todo a la altura de la alcurnia de esa persona.

—Juzgadme como queráis, y yo deploro que sea tan ligeramente, pero confío en que cambiaréis de opinión según que nuestra amistad vaya creciendo. Mañana, después de las once, tendré el gusto de presentaros a esa dicha persona. Tengo la convicción de que quedaréis muy buenas amigas, y de que con vuestra estrecha amistad prestaréis notables servicios a Dios, al Rey y a la Patria.

Y, haciendo una profunda cortesía, desapareció el caballero tan misteriosamente como había entrado.

Y, a la siguiente mañana, a la hora en punto de las once, ni minuto más, ni minuto menos, calaba en las habitaciones de la bella entretenida el almibarado lindo.

—Señorita —dijo—. La persona de quien ayer tuve el honor de hablaros espera en la antesala.

Y, una vez hecho el anuncio, se fue con la discreción de un lacayo.

*

Y entró la visita, que era una espléndida mujer que ya iba por medio del verano de la vida camino del otoño.

Aderezado traía el rostro de muy amable sonrisa, y cierto que la distinción de palabras y modales acusaba en ella, como anunciara su presentador, una dama de alto rango, de la primera aristocracia francesa.

—A fe, señorita —dijo—, que ha de sorprenderos harto mi presentación, pero yo os daré sucinta explicación de ella lo mejor posible.

Essigny, correspondiendo a la cortesía con cortesía, como es uso y costumbre entre personas bien criadas, no respondió, sino que, después de la manera laudatoria en que le había sido anunciada tal visita, no podía por menos que ser muy agradable y holgarse por extremo de recibirla, hasta el punto de desear que estuviera lejana la hora de la despedida.

En esto se había sentado la recién llegada, y después de mirar a una y otra parte a fin de cerciorarse si de algún indiscreto era oída, prosiguió en son de mucho misterio:

—Tened en mí absoluta confianza, tanto como en vuestra madre o en vuestra hermana la pudierais tener, y escuchadme atentamente lo que voy a deciros: Como os habrán dicho antes de ahora, yo soy una notable dama que tiene en Palacio gran ascendencia con los Reyes. Gozo de la plena confianza de la Soberana, de la que me son familiares los más íntimos secretos. Para cierto asunto que a ella importa tanto como la vida, porque es cuestión que toca en su honra, me mandó buscar una persona discreta y de clara inteligencia. Por informes que de vos tenía, desde luego, pensé que nadie como vos pudiera servir para el caso, y así no tuve duda en pediros este favor. Yo os fío, que además de prestar con ello un alto servicio a la corona, no ha de pesaros, pues que por vía de presente se os regalarán quince mil libras, y la sincera y valiosa estimación de Su Majestad. Por ahora, ni puedo deciros más ni daros mi nombre. Muy pronto os quedará despejada esta incógnita, y a los ojos de toda la corte podréis llamaros amiga de María Antonieta y mía.

Aceptó la aventurera Essigny, más sugestionada que convencida, y ambas quedaron citadas para la noche siguiente, en que iría a recogerla el «caballero del jardín» para presentarla a la Reina...

—Yo quiero conocer esta cara —se decía la futura *amiga* de la Soberana cuando se quedó sola—.

¿Dónde he visto yo a esta mujer? —y, tirando del complicado hilo de la memoria, sacó el ovillo de que era la misma a quien en la tarde antes se uniera el galán emisario.

*

Y el gallardo doncel, que en esta tragicomedia tenía un papel muy secundario y no era menos que el Marquesito consorte de La Motte, se presentó a la siguiente mañana a la bella Essigny, a quien sirvió como caballerizo hasta dejarla en la corte de Versalles.

Madama la Condesa, que era la interesante incógnita de la tarde anterior, la recibió muy bien, y después de hacerle cambiar totalmente de ropa, a uso y forma de la que acostumbraba a llevar la Soberana, dijo que iba a avisar a esta, que tendría que alegrarse harto con su llegada.

Desapareció, dejándola sumida en un verdadero mar de confusiones, y en verdad que a muchas y muy intrincadas predisponía toda aquella serie de extrañas escenas, cuya solución ni aún se adivinaba.

No tardó mucho en tornar la de La Motte, quien dijo que, en efecto, la Reina había recibido con muy notables muestras de agrado la noticia de su llegada, y que de allí en adelante no había sino disponerse a servirla.

Respondió Essigny que ella recibiría mucho contento empleándose en tan notable menester.

—Sabed —le dijo muy insinuante la Condesa— que el solo hecho de merecer esta gran confianza de Su Majestad, ya os hace noble, y así, por ende, desde aquí os da el título de Baronesa de La Oliva. Esta igualdad de nobleza ya os da derecho a saber mi nombre. Soy la Condesa de Valois.

En esto había cerrado la noche intensamente.

Allá a lo lejos se escuchó el medroso canto de un ave agorera.

Se alzó de su asiento Mad. La Motte y dijo:

—Ya es hora de que hagáis el primer servicio a la Reina.

Y salieron hacia los jardines, seguidas por el insinuante e inservible Conde consorte.

Cruzaron los bellos jardines.

La Condesa entregó a la improvisada Baronesa de La Oliva una rosa y un sobre cerrado con las armas de María Antonieta, al mismo tiempo que le decía:

—Así como os dejemos en el sitio en que debéis servir a la Reina, se os presentará un noble cortesano, que no es menos que el Cardenal de Rohan. Vos le entregaréis la rosa y el sobre diciéndole: «Señor Cardenal, sed discreto y no olvidéis que todo lo tendréis con la Reina, pero es menester que

vos no la desamparéis en sus infortunios...». Pensad, Baronesa, que en esta embajada podéis encontrar vuestra piedra filosofal, el buen servicio de una causa y el favor y ventura de algunas personas que, comprendiendo vuestros altos méritos para brujulear y triunfar en la corte, os quieren bien.

*

De allí adelante fueron muchas más las ocasiones en las que el necio y fatuo Cardenal de Rohan se creyó tan irresistible para las mujeres que nada menos que la Reina de Francia olvidaba con él sus deberes de esposa, y no así como se quiera, sino a merced de cuantiosas dádivas que en los días siguientes le pedía Mad. La Motte.

Necesitaba la Soberana comprar un collar sin que el Rey tuviera noticias de ello, y no había mejor manera secreta que la generosidad y discreción del señor Cardenal, quien por su parte había de recogerlo de manos de los diamantistas de Palacio.

A todo por egoísmo y por concupiscencia se prestó el Tonsurado, y ello fue como prestarse a su ruina y deshonor.

La Baronesa de La Oliva se había aprendido tan ciertamente el papel, que con su buena traza y el asombroso parecido que tenía con María Antonieta, dicen que aun el mismo Rey corría peligro de confundirla.

*

El Príncipe de Rohan deja por sí allanada la compra del collar, que aquello de «mucho puede quien bien ama», que dice un adagio castellano, es una gran verdad.

Van en auge los amores con la *reina*.

Su Eminencia tornará a brillar en la corte con la esplendidez y ceremonia que su alto rango requiere, y todo ello bien vale el arriesgar unos centenares de miles de libras como préstamo para pagar el Real Capricho, pues allá detrás quedan las arcas del Erario a responder del anticipo.

Pocos días después, mediante un anticipo de 30.000 libras, más la firma de María Antonieta como garantía de los otros plazos (hecho de que ya se ha hablado en uno de los primeros capítulos), pasa la famosa joya a manos de Su Eminencia.

Con ella fue Rohan a casa de La Motte, que era donde acostumbraba a verse con la Soberana; le dijo a aquella que el collar lo tenía ya en su poder, y por tanto no tardaría en tener la satisfacción de contemplarlo adornando la hermosa garganta de María Antonieta.

—Mas ¿no sabéis una cosa que seguramente ha de entristeceros un poco esa alegría? —le dijo la Condesa.

—Hablad, señora, por favor, que me tenéis intranquilo —rogó el Cardenal.

—No hay por qué —respondió la Valois—; no es más sino que esta noche le es imposible salir de Palacio, y os manda un servidor de toda su confianza para que le entreguéis la joya que ya espera impaciente.

Salió y volvió en seguida con un paje, que el Cardenal creyó haber visto ya otras veces en Versalles.

Este, haciéndole una respetuosa y cumplida reverencia, le dijo al mismo tiempo que le entregaba un billete:

—Monseñor; mi ama y señora me manda entregaros este pliego, y a vos os ruega que me deis lo que en él os pide.

Abrió la carta el de Rohan, y se encontró con que, en efecto, sobre la firma de la Reina se le pedía el collar si ya lo tenía en su poder.

Vistas tantas *seguridades*, no halló inconveniente alguno, y... soltó la *prenda*.

*

Como el de Rohan no había aún entrado en la corte, que este era asunto que la reina trataba de allanarle, no dejaba de preguntar a algunos palaciegos que de su parte tenía si la Soberana ostentaba el collar.

Nadie se lo vio jamás.

La Condesa tranquilizaba las inquietudes de Su Eminencia, diciéndole que, considerando Su Majestad excesivo el precio del collar, había hecho firme propósito de no lucirlo en público hasta conseguir una rebaja de 200.000 libras.

Se consiguió la reducción, y, como ni después luciese María Antonieta la joya en las ceremonias, al preguntar el Cardenal la causa de ello a Mad. La Motte, respondió esta que la guardaba hasta que, satisfecho el último plazo, fuera completamente suyo.

De aquí en adelante el Príncipe purpurado no consiguió más entrevistas con la dama que él creía la Reina de Francia.

Boehmro acudía constantemente con reclamaciones al Cardenal, que este iba demorando, como bien le permitía su corto ingenio.

—Eminencia —le dijo el joyero—, a lo que yo acierto a ver, aquí hay una tercera persona que a ambos nos engaña y lleva camino de perdernos.

—Vaya, señor joyero —replicó el Prelado en tono de amistosa reconvención—, desechad esos pensamientos que no tienen base sólida sobre la que sustentarse. Las personas que en esto intervienen son amigas nuestras, y de ninguna manera pueden querer nuestra deshonra ni nuestro descrédito,

además de que ellas no iban ganando nada.

A lo que el joyero, más conocedor de la maldad de la vida y de las humanas pasiones, le replicó:

—Dejad eso, monseñor, y atended solo que lo que se cruza en este asunto vale muchos miles de libras, que a un mismo Rey puede inspirarle una bellaquería. Yo, en lo que a mí respecta, os advierto que voy a comenzar a ver si es cierto que la justicia no ha emigrado de Francia.

Días después, Mad. La Motte pedía auxilio al Cardenal, pues había notado en torno suyo secretas asiduidades de la policía.

Envidias de su influencia en la corte decía que eran no más.

La creyó el de Rohan, pero antes de que le diera tiempo a hacer nada en su favor, la señora Condesa de Valois salió imprevistamente de Versalles...

Esto hizo ver claramente al confiado Príncipe de la Iglesia que se le avecinaba un serio conflicto, pues el rumor general era que aquella mujer era una intrigante de oficio, que jamás había visto a la Reina de cerca, ni tuvo ascendiente alguno con la alta servidumbre.

En Palacio se hablaba ya del collar bastante más alto de lo que les estaba bien a María Antonieta y al Cardenal de Rohan...

Y verán como el diablo que lo enredó todo con tanta maldad y bellaquería, lo deshizo después como la sal en el agua.

Cagliostro

Otro audaz aventurero aparece al final de esta embrollada intriga; hombre de tanta travesura e ingenio que llega a ser como el alma de la farsa alrededor del cual giran todos los personajes.

Se llama Alejandro Cagliostro, y ni él mismo sabe cuál es su patria, puesto que unas veces dice que es Malta y Medina otras.

Es uno de los muchos satélites de la galantería de Madama La Motte y aun parece que favorito entre todos, puesto que la aprovechada dama con él solamente era dadivosa y espléndida, y en todos

sus asuntos le daba entrada franca.

Parece que muy gentilmente supo aprovecharse de la credulidad de Su Eminencia, que en esta última aventura se fio a él como a un camarada de correrías, y en sus manos, hábiles en sortilegios y escamoteos, se desgranó el collar y se fundieron en caprichos los miles de libras.

El de Rohan llegó a creer a este individuo hombre superior, que penetraba lindamente, como por su casa, por los misterios de lo desconocido.

Los portentosos diamantes del célebre collar fueron como lluvia benéfica que *llovió* la ignorancia supina del de Rohan sobre todos estos aventureros mientras él lo creía en poder de la Reina de Francia.

Y Cagliostro, llegado el caso de dar cuenta de su espléndida vida, no tuvo inconveniente alguno en echar todos los cargos sobre Mad. La Motte, quedándose él inocentemente de una parte.

—No se haga cuenta con mi procedencia ni con mis medios de vida —decía—, que ellos son legales y nada tienen que ver con este mal negocio en que otros se ven envueltos, pero del que yo debo quedar libre. ¿Qué importa que yo pueda ser hijo de un Monarca o de un oscuro ciudadano, y las razones que puedan asistirme para viajar de incógnito? Si respeto la Religión y las leyes de cada país en que habito, ¿qué derecho a meterse en mi vida privada?

Yo tengo banqueros en todas partes que me facilitan las cantidades necesarias para mi vida más o menos suntuosa, y sepan que a nadie se lo debo. Tengo la certeza de que Madama La Motte es una estafadora que comerciaba con la estúpida credulidad del de Rohan, y en esto yo no tengo más participación, así Dios me salve, que haber tenido por algún tiempo la debilidad de ser amigo de ambos.

Y, sin embargo, de estas protestas en los documentos naturalmente falsos de la venta del collar había cifras trazadas por su mano.

Muy complicada y precisa es la intervención de este personaje en el proceso, pero acontece que, habiéndose definido anteriormente por un notable ingenio, no queda ahora verdadero lugar para sacarle de nuevo, porque resulta que, en aras de la novela, como la Literatura y la Fantasía le han ensalzado mucho, queda muy pálida su figura real.

Ciertamente era, por decirlo así, un profesional de la aventura, puesto que en toda parte donde asentara tenía su historia distinta y siempre asentada sobre una base de misterio.

La sociedad francesa, que entonces llevaba a la faz del mundo el cetro de la relajación y de la impudicia, le acogió blandamente en su seno como a un hijo pródigo.

Es posible que hasta sustanciarse el proceso le mimara, repudiándole después como indigno de figurar en ella; pero es lo cierto que hasta llegado este caso le halagó y festejó, y muchos nobles y príncipes de la sangre se honraron con sentarle y sentarse a su mesa...

Los estafados diamantistas Boehmro y Bessanges, viendo su causa perdida si andaban con

blanduras, y sabedores ya de que la riquísima joya no obraba en poder de la Reina de Francia, se metieron de lleno por medio de la justicia y dieron en las redes de la señora Themis con todos los comediantes de esta intriga, en la que el menos culpable era el Cardenal de Rohan.

A los ojos de toda la grandeza, enemiga terrible de María Antonieta, aparecía esta como una aventurera coronada que había mancillado su honor en el fuego senil de un Príncipe de la Iglesia; pero la alta Justicia, la que está por encima de todo y para quien no existen pasiones ni jerarquías, tirando pacientemente del hilo, terminó por presentar, diáfana y limpia como el sol cuando más brilla, la honorabilidad y buen nombre de aquella desdichada Reina, a quien desde su cuna hasta su desdichado fin acompañó siempre un destino fatal.

Mad. La Motte fue apresada en Londres, así como su despreciable marido el Marqués.

Por más fantasía y malas artes que pusieron en juego para explicar sus *inexplicables* riquezas, pues hasta el momento en que dieron con el Cardenal no fueron más que unos aristócratas en ruinas, al fin fueron descubiertos, y sobre ellos vino a caer todo el peso de la ley, aunque ciertamente no fue tanto como el que entonces, y aún para casos más leves, solía tenerse por costumbre.

Mad. La Motte debería de llevar constantemente el sello de su infamia, y con ella la repulsión de toda la sociedad, que antes la tuviera como buena y mirara en ella el retoño de una estirpe real.

Hacia el final de la tragicomedia

Comenzó el último acto, detrás del cual tendría que venir el epílogo, compuesto por el verdugo, en los días en que la justicia del Rey dictara su fallo contra los personajes que en ella tuvieron papel.

Bien puede ser que esta farsa de intrigantes, necios, ambiciosos y ladrones fue la cumbre de la rampa por donde la infeliz María Antonieta tendría que deslizarse hasta dar en la báscula de la guillotina.

No hay ciertamente para qué describir las diversas sesiones en que hubo de sustanciarse la causa, puesto que todas ellas no fueron más que un resumen de las bellaquerías de Mad. La Motte y consortes, excepto del Cardenal, cuya inocencia resplandeció con una aureola de simplicidad tan grande, que entiendo que el mejor castigo que se le pudo dar fue no tomarle en cuenta su intervención en la trapacería.

Cagliostro hizo las veces de bufón presentándose grotescamente como para que, tomándole por desequilibrado, no hicieran cabal aprecio de su persona y se diera carpetazo a su proceso.

Únicamente la condesa de Valois apareció como verdadera culpable, y sobre ella echó el Tribunal toda la fuerza del fallo.

El de Rohan fue condenado a hacer una confesión pública del error en que estuvo, a pedir clemencia a Sus Majestades, a dimitir de todos sus altos menesteres y a ser proscripto de todos los lugares en donde se encontrase la corte y pagar una crecida multa.

La titulada Condesa de Oliva y Cagliostro, absueltos.

El Conde de La Motte, sentenciado a azotes y a ser marcadas en el hombro las iniciales G. A. L. con hierro candente y conducido luego a las galeras del Rey, en las cuales debía bogar per todos los días de su vida.

La Condesa, alma de toda la intriga, fue condenada a azotes y a ser también marcada a fuego por mano del verdugo y encerrada perpetuamente en la Salpetiere.

Parecía que con esto quedaba desagraviada la señora Justicia, aunque con la honra de la Reina quedara hecha girones entre la aristocracia, su enemiga, y el pueblo bajo, y los confiados joyeros en la miseria; porque pensar que a los ojos de la plebe había de brillar limpio como durante toda su vida se mantuvo el buen nombre de María Antonieta, era pensar en lo imposible; que la envidia y la incultura son tierra abonada donde crece profusamente toda infamia, y aquí prendió sus trágicas raíces la hiedra que en el 93 había de acabar con las vidas de sus Reyes.

Así se cuenta que, cuando la infeliz Soberana conoció el fallo de la ruidosa causa, le dijo tristemente a su primera camarista, Mad. Campan:

—Bien podéis darme el pésame, amiga mía. Mi desgracia camina rápidamente a su desdichado fin; el miserable que ha querido perderme, abusando de mi nombre y falsificando mi firma, ha sido enteramente absuelto. El efecto moral es que tenía razón. Triste de mí. ¡Pobres hijos míos!

Y lloraba desoladamente, porque muy bien conocía, con esa maravillosa clarividencia que suelen tener las mujeres, que la carta fatal de su suerte estaba echada.

EPÍLOGO

No solamente padeció el buen nombre de la Reina en cata causa, sino que, a consecuencia del enorme desfalco que el robo de la alhaja representaba en las arcas de los joyeros Boehmro y Bessange, tuvieron los infelices que dar por finada su industria, pues tan enorme era la pérdida, que ciertamente no les cabía esperanza alguna de reponerla.

En el ánimo de los Reyes el principal culpable y director de la intriga, pero muy a pesar suyo tuvieron que someterse al fallo de los Tribunales; no hubiera sido así en otra época no muy remota y nada se habría sentenciado sin la Real voluntad, pero ya en esta se advertía que la Monarquía francesa caminaba hacia su sangriento ocaso.

El día 21 de junio fue el señalado para cumplir la sentencia de Madama La Motte. De mañana entró el alcaide de la Conserjería a decirle que en el locutorio la esperaban.

Sin acabarse de vestir del todo y pensando que era su abogado defensor, bajó inmediatamente; mas, apenas puso el pie en la dicha estancia, cuando las recias manos del verdugo y de su ayudante se apoderaron de ella, y, casi arrastrando, porque hacía muy gran resistencia, la condujeron a un patio cercano, en el centro del cual se alzaba una pequeña plataforma.

El escribano le leyó la sentencia.

Apenas la oyó, comenzó una nueva y desesperada lucha entre ella y los verdugos, cayendo todos en informe montón.

Por un buen espacio no se escuchó más que el jadeante resoplido de los tres.

Al fin pudieron reducirla, y fue reciamente atada a un poste.

Su boca era un manantial de insultos contra el Cardenal, contra Cagliostro y contra los mismos Reyes.

Toda su bella figura no era más que un jirón sanguinolento.

El ayudante del verdugo rasgó aún más que lo estaba el corpiño de la infeliz, y, asiendo un hierro que se hacía ascua en un braserillo cercano, lo asentó en aquellas blancas y delicadas carnes.

Un alarido horrible desgarró el espacio; la torturada cayó sin conocimiento.

La desataron entonces y, metiéndola en un coche, fue conducida a la Salpetiere.

*

Entre tanto, el hampón de Mad. La Motte disipaba en Londres los últimos diamantes del funesto collar.

En 1787, tuvo el cinismo de anunciar a la corte de Francia que, si no se dejaba en libertad a su mujer, inundaría a Europa de libelos contra María Antonieta.

Ello acaso influyó en la fuga de Mad. La Motte, puesto que merced a medios hasta ahora desconocidos, pero que algún historiador da a entender que manaron del Trono, consiguió escapar de

la Salpetiere el 5 de junio de 1787.

Apenas puso la planta en terreno inglés, llevó a cabo la promesa, hecha por su marido, de escribir un infamante libelo contra la Reina, en el que ella naturalmente hacía el papel de víctima.

Tornó a su antigua y licenciosa vida, y, al fin, en una desenfrenada bacanal, murió tan dignamente como de tan egregia persona podía esperarse.

Hartos sus camaradas de encender la tea de la Lujuria, no hallaron mejor colofón para la fiesta que desnudar enteramente a la que fue condesa de Valois y arrojarla por una ventana...